

La figura paterna en el devenir familiar

Carlos A. Amador Rodríguez*

“...la crisis del padre afecta de modo creciente tanto al niño como a la niña y más tarde a los jóvenes”

Cardenal Jaime Ortega Alamino.

Resumen

Se revisó someramente cada una de las modalidades mediante las cuales se expresa la paternidad en las distintas culturas y el resultado de la mezcla de varias características fundamentales. Se presentó el concepto de ciclo vital familiar y se describieron sus etapas. En cada una de éstas, se presentaron las características más relevantes de la figura paterna. Se concluye que la cultura actual se encuentra en un momento de crisis y cambio del paradigma de la figura paterna; sin embargo, es absurdo pretender disminuir y, más aún, negar que ésta desempeña un papel muy importante en todos los períodos del ciclo vital familiar.

Palabras claves: Figura paterna; familia; paternidad; ciclo vital familiar.

Introducción

Es indiscutible que asistimos actualmente a un cambio de paradigma en cuanto se refiere a la función paterna en el mundo.

Las posturas reductivas de las ciencias sociales del siglo XIX, planteaban el surgimiento de la paternidad como una necesidad económica o funcional de la familia, que en consecuencia estaba destinada a desaparecer en la medida que aumentara la emancipación de la mujer y se fueran delegando las funciones paternas en el Estado. El tiempo ha demostrado que eso es un fracaso. Se han ido destruyendo los mitos de las escuelas internas como lugares de una educación integral. Cada día se toma más conciencia que la educación debe tener lugar donde maduran los afectos y dominan ternura y corazón: es decir, en la familia.

Para hablar de paternidad se deben distinguir tres funciones que han demostrado ser independientes de las culturas en que se desarrollen y que son: el progenitor (que indica la función biológica de la procreación), el padre (la de autoridad y control represivo) y el papá (que indica la del padre que brinda protección y afecto).; Se podría decir que las modalidades, mediante las cuales se expresa la paternidad son, en las distintas culturas, el resultado de la mezcla de éstas tres características.¹



A continuación se revisa someramente cada una de ellas:

Progenitor (padre biológico): Que el hombre (o su semen) es necesario para la procreación de un hijo, es una afirmación evidente; en cambio, que el padre sea indispensable para el crecimiento armónico del hijo es, para algunos, algo que debe demostrarse o que puede discutirse.

En esta época de reivindicación de derechos, debe quedar claro que quien está por nacer tiene derecho a ser criado por una pareja, hombre y mujer, unida por una relación afectiva estable.

En el proceso cultural de la civilización se ha ido clarificando la función procreadora del padre y hoy día está claro que existe una llamada a la paternidad que ciertamente implica a fondo la vida del hombre.

El padre: Este término viene del latín “pater” y designaba esencialmente la autoridad reinante, el término “pater familias” le era dado a aquel que tenía poder de vida y muerte sobre los siervos y sobre los hijos. Así, con este término por analogía, entendemos aquel rol paterno más interesado en el control social de la familia en general y de los hijos en particular. El pater es, en el fondo, aquel que aplica en el ámbito familiar las reglas sociales de conducta y retiene, ya sea el poder o los instrumentos represivos, hacia las conductas consideradas ilegales.

El papá: Es esa figura masculina que tiene intensas y calurosas relaciones con su hijo. Se trata de una nueva sensibilidad hacia el niño y el joven en general, hacia sus problemas, sus necesidades, no solo biológicas sino, sobre todo, psicológicas y afectivas.

Es ese padre que no sólo administra la justicia e indica el camino a seguir, sino que ama al hijo por sí mismo y goza viéndolo crecer con libertad. Es quien entiende que educar quiere decir dar a los hijos un esquema de conducta, algunas “reglas de juego” y no dejarlos en un limbo, sin propuestas concretas; pero, al mismo tiempo, dar espacio a la creatividad imaginativa y hacerles desarrollar una conciencia crítica autónoma.

En la actualidad, algunos fenómenos culturales están modificando profundamente los que durante siglos han sido caracteres distintivos del rol paterno. Uno de éstos está representado por el nuevo y estimulante interés que los padres demuestran hacia los problemas educativos y en particular hacia el nacimiento del propio hijo. Ya no parece, por lo tanto, inconveniente para muchos padres el demostrarse capaces de una calurosa afectividad, de expresar emociones y ¿por qué no? también de llorar.²

Pero esto es un proceso que no avanza tan rápido como todos quisiéramos; al respecto plantea Robert Rector, de la Heritage Foundation que: “En Estados Unidos, al igual que en otras sociedades, la familia tradicional integrada por marido, mujer e hijos, está siendo reemplazada por un nuevo modelo integrado por mujer soltera, hijos y subvención pública”.

Las consecuencias que tiene, para cualquier Estado, no defender el espacio propio de la familia, se expresan en que, junto a la desaparición de la figura del padre, ha crecido la tasa de deserción escolar, el embarazo adolescente, la drogadicción y la criminalidad juvenil. ¿Coincidencia casual o evidente relación de causa y efecto?

De todas esas lluvias sufrimos hoy los fangos. En 1995, de cada 100 mujeres mayores de 15 años, 27 eran jefas de hogar y el informe que se cita reconoce que la proporción debe ser mayor. También se menciona que “el padre juega un rol complementario poco activo”, que “se relaciona menos con sus hijos y delega gran parte de su responsabilidad en su compañera”.³

El autor debe confesar que el detonante que le motivó a realizar este trabajo, fue rumiar de nuevo ese maldito refrán metido en la cultura popular cubana y repetido tantas veces: “Padre es cualquiera, madre una sola”.

Desarrollo

A continuación se presentará el concepto de ciclo vital familiar y sus etapas. En cada una de las etapas se presentarán las características más relevan-

tes de la figura paterna.

Ciclo Vital familiar:

Todo crecimiento implica cambio, el crecimiento familiar también; y nos lleva necesariamente al concepto de cambio en los acuerdos de relación, en las reglas con que se maneja una familia en su vida diaria.

Las reglas con que vive una familia y el hecho de compartir ese sistema de creencias y la manera especial en que éste se pone en juego en cada situación, en cada momento de su vida, es lo que garantiza la unión y la permanencia en el tiempo de una familia como tal.

Es evidente que en todo proceso de crecimiento familiar, y más precisamente en el cambio de una etapa a otra, lo que debe negociarse es ese gran paquete formado por el sistema de creencias compartido y las reglas que lo mantienen, unidos ambos términos en un proceso de retroalimentación continua. La posibilidad de un sistema de acomodarse a la nueva situación evolutiva, a través de la negociación y el establecimiento de reglas nuevas, que satisfagan a sus miembros en la medida en que sirvan para apoyar las identidades propuestas por ellos mismos, nos habla de una familia cuyas reglas y sistema de creencias son lo suficientemente flexibles como para que su funcionalidad no se vea lesionada en este paso de una etapa a otra.

Este paso es un momento de crisis, en el cual los miembros de la familia tienen la clara percepción de que las reglas con que se venían manejando ya no sirven y que aún no han surgido de ellos otras nuevas que las reemplacen.

Cuando el paso de una etapa a otra se ve obstaculizada o impedida, se produce el síntoma que es una señal de que la familia enfrenta dificultades para superar una etapa del ciclo vital.

El sistema familiar, al igual que un ser individual, puede ser susceptible de estudio desde la perspectiva de etapas o fases de evolución.

Para su análisis se han propuesto múltiples variantes de etapas⁴. Luego del estudio de éstas, resaltan algunas consideraciones: casi todos los esquemas se conforman en la relación de pareja y la llegada de los hijos y en la relación de los padres entre ellos y con los hijos. Haley centra más su esquema en los padres como pareja; pero a fin de cuentas el esquema de Carter y McGoldrick es el que parece más adecuado al tema que se analiza, pues además de tener en cuenta el momento previo a la formación de pareja, tan importante por todo lo que ayuda o dificulta en la vida futura, es de los que considera al matrimonio como momento de formalización de la unión de la pareja y en todas las etapas se habla de Familia. Tiene además la virtud de ser sencillo y cercano a nuestra realidad.

Según el esquema escogido, las fases por las que pasa una familia son:

- ♦ El adulto joven independiente.
- ♦ Matrimonio.
- ♦ La familia con hijos pequeños.
- ♦ La familia con hijos adolescentes.
- ♦ Emancipación de los hijos y periodos posteriores.
- ♦ La familia en las últimas etapas de la vida.

1) El adulto joven independiente.

Éste es el periodo de la vida en que la gente joven aprende a galantear y a participar en esta actividad, y cuanto más se demore dicho proceso en un chico, tanto más periférico llegará a ser, respecto a la red social.

El adolescente enfrenta un problema particular: la interacción simultánea con su familia y con sus pares. Se trata, esencialmente, de un problema de destete; y este último no es completo hasta que el chico abandona el hogar y establece vínculos íntimos fuera de la familia.

Tan pronto como un hombre joven se aventura fuera de su propia familia y se asocia seriamente con una mujer joven, dos parejas de padres se convierten en partes del proceso de decisiones. Incluso los jóvenes que eligen pareja en forma rencorosa, precisamente porque sus padres se oponen a la elección, también están atrapados en la imbricación parental, porque su elección no es independiente.

Así como la gente joven puede evitar el matrimonio por razones intrínsecas a la familia, también puede lanzarse prematuramente al matrimonio en un intento de liberarse de una red familiar desdichada.

2) Matrimonio.

Cualquiera que sea la relación entre dos personas antes del matrimonio, la ceremonia modifica en forma impredecible su naturaleza. Para muchas parejas, el periodo de la luna de miel y el tiempo que transcurre antes de que tengan hijos es un periodo delicioso. Para otros no lo es; puede producirse una tensión desquiciante, capaz de romper el vínculo marital o de generar síntomas en los individuos antes de que el matrimonio se haya puesto realmente en marcha.

Aunque el acto simbólico de contraer matrimonio tiene un significado diferente para cada uno, es, ante todo, un acuerdo de que la joven pareja se compromete mutuamente de por vida. Cuando la pareja casada empieza a convivir, debe elaborar una cantidad de acuerdos, necesarios para cualquier par de personas que viven en íntima asociación. Deben acordar nuevas maneras de manejarse con sus familias de origen, sus pares, los aspectos prácticos de la vida en común, y las diferencias sutiles y gruesas que existen entre ellos como individuos. Implícita o explícitamente han de resolver una extraordinaria cantidad de



cuestiones, algunas de las cuales son imposibles de preverse antes del matrimonio.

No es posible separar fácilmente las decisiones de la pareja reciente de la influencia parental. La joven pareja debe establecer su territorio, con cierta independencia y, a su vez, los padres deben cambiar los modos de tratar a los hijos, una vez que estos se han casado. La involucración paterna en un nuevo matrimonio puede ser causa de desavenencias en éste, a menudo sin que nadie se dé cuenta de cuál es el origen de ese sentimiento negativo.

Algunas parejas intentan delimitar su propio territorio en forma totalmente independiente, cortando toda relación con las familias de origen. Esto no suele dar resultado y, por el contrario, tiende a desgastar a la pareja, porque el arte del matrimonio incluye que la independencia se alcance mientras al mismo tiempo se conserva la estrecha relación emocional con los respectivos parientes ⁵.

3) La familia con hijos pequeños.

Una pareja joven que durante el primer periodo matrimonial ha elaborado un modo afectuoso de convivencia, se encuentra con que el nacimiento de un niño plantea otras cuestiones y desestabiliza las antiguas. Cuando surge un problema durante este periodo no es fácil determinar la "causa", porque en el sistema familiar son muchos y diversos los ordenamientos es-

tablecidos que se revisan como resultado de la llegada de un hijo. Parejas jóvenes que consideran a su matrimonio como un ensayo, se encuentran con que la separación es menos posible. Otras parejas que se creían mutuamente comprometidas se descubren atrapadas con la llegada de un niño y aprenden, por primera vez, la fragilidad de su original contrato matrimonial.

Con el nacimiento de un niño, están automáticamente en un triángulo. No es un triángulo con un extraño o un miembro de la familia extensa; es posible que se desarrolle un nuevo tipo de celos cuando un miembro de la pareja siente que el otro está más apegado al niño que a él o a ella. Muchas de las cuestiones que enfrenta la pareja empiezan a ser tratadas a través del niño; si un hijo se convierte en parte de un triángulo, cuando es suficientemente grande para abandonar el hogar se suscita una crisis, porque la pareja queda frente a frente sin recurso niño interpuesto entre ellos; se reactivan entonces cuestiones irresueltas desde hace muchos años, antes de que el niño naciera.

Por lo que se refiere al crecimiento y desarrollo del recién nacido, los psicólogos describen con frecuencia al padre como "el primer otro", es decir, la primera fuente de amor, protección y alimento que el niño halla en el exterior y que, bajo distintos aspectos, está aislada de esa unidad física y emocional, simbiótica al principio, constituida por el binomio madre/hijo. El niño, o la niña, encuentra así, en su padre, la primera persona que le da amor que no es "yo-y-mi-madre". En este sentido, podríamos decir que el padre es el primer encuentro del niño con "otro íntimo".⁶

Ser padres no es un simple fenómeno biológico, sino que encierra y abarca todo un mundo de emociones muy sutiles. El hombre y la mujer no viven esta realidad de igual modo, pues mientras la mujer tiene evidencia inmediata de lo que es "ser madre" (embarazo y sus consecuencias físicas, hormonales, afectivas, en fin, todo el complejo mundo de la preñez) el varón no tiene una percepción biológica de esta realidad y en él se van dando procesos muy interesantes que comienzan con la sorpresa, el asumir su responsabilidad y el descubrirse como colaborador y partícipe en la prolongación de la especie.⁷

Es en este momento cuando el varón tiene que iniciar un proceso que durará toda su vida: aprender a ser padre, mediante una difícilísima integración de sus propias pautas de conducta, de las de la familia de su esposa y de las que los dos quieren que se viva en su familia.

Una parte de los conflictos que se presentan a lo largo de la vida familiar y sobre todo en ésta etapa y la siguiente, vienen dados por la confusión de las funciones parentales (propias del padre y la madre) y las funciones conyugales y se corre el riesgo de experimentar a los hijos como competido-

res en el afecto de la pareja.

En ocasiones, cuando los hijos empiezan la escolaridad, ello se convierte en un periodo de crisis. La escuela representa para los padres su primera experiencia con el hecho de que los hijos terminarán por dejar el hogar y ellos quedarán solos frente a frente. Es en esta etapa cuando la estructura familiar se hace más visible para un terapeuta consultado a causa de un problema infantil. Las pautas de comunicación en la familia se han hecho habituales, y ciertas estructuras no pueden adaptarse a la naciente involucración del niño fuera de la familia. Es común encontrar varios tipos de estructuras desdichadas, todas ellas vinculadas con la apertura de brechas generacionales en el seno de la familia.

El problema más habitual es que un progenitor, generalmente la madre, se alíe sistemáticamente con un hijo en contra del otro progenitor: ella protestará porque él es demasiado duro con el niño; mientras él lo hará porque ella es demasiado blanda. Este triángulo puede describirse de muchas maneras; una de ellas, muy útil, es ver a un progenitor como "sobreinvolucrado" con el chico. Frecuentemente, la madre se muestra a la vez servicial y exasperada con el chico, y frustrada en sus intentos de manejarse con él. El padre es más periférico, y si interviene para ayudar a la madre, ella lo ataca y él se retira, dejándola incapacitada de manejarse eficazmente con el chico. Esta pauta se repite incesantemente, impidiendo que el chico madure y que la madre se desenganche de la crianza en beneficio de una vida propia más productiva. En tanto la pauta subsiste, el niño se convierte en el medio para que los padres se comuniquen acerca de los problemas que no pueden encarar directamente.

Este triángulo puede darse aún cuando los padres estén divorciados, ya que el divorcio legal no modifica necesariamente este tipo de problemas.

4) La familia con hijos adolescentes.

En la familia, tal como la conocemos hoy, la pareja, que ha estado casada durante diez o quince años, enfrenta problemas que pueden describirse en términos del individuo, de la pareja o de toda la familia. En esta época, marido y mujer están alcanzando los años medios de sus ciclos vitales, que suele ser uno de los mejores periodos de la vida. El marido tal vez esté disfrutando del éxito y la mujer puede compartir ese éxito por el que ambos han trabajado. Al mismo tiempo, ella está más libre porque los niños plantean menos exigencias; le es posible desarrollar su talento y continuar su propia carrera. Las dificultades iniciales que eventualmente experimentó la pareja se han resuelto con el paso del tiempo y su enfoque de la vida ha madurado. Es un periodo en el que la relación matrimonial se profundiza y amplía, y se han forjado relaciones estables con la familia extensa y con un círculo de amigos. La difícil crianza de niños pequeños ha quedado atrás, y

ha sido reemplazada por el placer compartido de presenciar cómo los hijos crecen y se desarrollan en modos sorprendentes.

Para otras muchas familias, sin embargo, es una época difícil. Con frecuencia el marido ha alcanzado un punto de su carrera en que comprende que no va a cumplir con las ambiciones de su juventud. Su desilusión tal vez afecte a toda la familia y particularmente a su situación respecto de su mujer. O, a la inversa, el marido puede tener un éxito superior al que previó, y mientras goza de gran respeto fuera del hogar, su esposa sigue vinculándose con él como hacía cuando él era menos importante, con los consiguientes resentimientos y conflictos.

En estos años medios pueden sobrevenir graves tensiones y también el divorcio, aún cuando la pareja haya superado muchas crisis previas. La mayor parte de las otras etapas de tensión familiar aparecen cuando alguien ingresa en la familia o la abandona. Es en ésta cuando los hijos pasan de la niñez a la juventud. La llamada turbulencia adolescente puede ser vista como una lucha dentro del sistema familiar por mantener el ordenamiento jerárquico previo.

La resolución de un problema conyugal en la etapa media del matrimonio suele ser más difícil que en los primeros años cuando la joven pareja atraviesa aún por un estado de inestabilidad y está elaborando pautas nuevas. En esta fase, las pautas se hallan establecidas y son habituales. Una pauta típica para estabilizar el matrimonio es que la pareja se comunique a través de los hijos; por eso, si estos dejan el hogar y la pareja vuelve a quedar frente a frente, surge una crisis.

Es en este contexto que resulta de extraordinaria importancia tomar conciencia de las características propias de la adolescencia y, además, de las peculiaridades de cada uno de nuestros hijos. Partir de la realidad de que, por su desarrollo físico, psicológico y emocional, necesitan más espacio; que por la búsqueda de la afirmación de su personalidad necesitan más intimidad y un fuerte sentido de pertenencia, a su familia y a su grupo de amigos; y que por la constante lucha de la forja de su carácter y voluntad, necesitan más retos, mayor comprensión en sus fracasos y un buen grado de formación intelectual y emocional así como el desarrollo de actividades físicas.

No es extraño que por estas y otras muchas diferencias entre padres e hijos, se dé una guerra sin tregua por establecer los límites, por imponer cada cual su razón como verdadera y en más de alguna ocasión, lastimarse seriamente sin quererlo. ¿Qué se puede hacer ante situaciones como éstas? ¿Cómo lograr ser padres y amigos de nuestros hijos, sin perder la sana autoridad y la guía en su formación?⁸

El padre, en esta etapa debe tener claras al-

gunas cosas como:

1. Actualizar nuestro conocimiento con relación a la vida de los adolescentes en nuestra sociedad, en todos los aspectos para lograr ayudarlos desde su realidad.

2. Practicar la empatía, recordar que. "Una gota de miel es mejor que un galón de vinagre".

3. Mejorar el diálogo, escuchar más y hablar menos. El adolescente nos ve, nos juzga.

4. Aprovechar todo el tiempo que pueda pasar con su hijo adolescente, simplemente para estar con ellos. Que nos vean, que nos sientan cercanos.

5. No hacer de la vida del adolescente una tragedia griega, sino descubrir junto a ellos que es una maravillosa aventura, un viaje único que los llevará a ser unos jóvenes auténticos y seguros de sí mismos.

Al respecto, el Dr. A. Polaino Lorente plantea: "Estoy convencido de que la persona que la pasa bien con sus hijos, les está educando correctamente, porque ha descubierto la aventura que supone ayudarles a crecer, afirmarles en su personalidad. Eso probablemente le rejuvenecerá más que ninguna otra cosa".

La autoridad es otro punto que conviene "reconquistar": "Autoridad no entendida como autoritarismo sino como el prestigio del padre que se exige a sí mismo cien y al hijo uno. Una generación justa es la que se plantea a qué altura quiere dejar su meta para que la siguiente generación arranque desde ahí". En ese camino hacia la comprensión, el lenguaje juega un papel de intermediario, según el experto citado. "Tengamos que hacer un particular esfuerzo por "estar al día" y entender sus expresiones, su jerga, si queremos competir a su nivel".

Asimismo, recomienda a los padres estar atentos a esos "momentos estelares" en los que los hijos requieren su presencia. "Por lo general, esta aproximación se produce de forma significativa de los de 7





a los 12 años en los niños y en la adolescencia en las chicas. El padre debe estar entonces disponible para saber escucharlos y reafirmarlos en su crecimiento, sin manipular sus emociones".

Finalmente, Polaino apuesta por el entendimiento entre el padre y la madre como base para mejorar las relaciones con sus hijos. "La crisis de la mujer ha suscitado una crisis todavía mayor del hombre como padre. Se han cambiado los roles, y ahora es necesario reelaborar su papel. En este proceso hay que tener presente cómo la falta de diálogo en el matrimonio repercute directamente en la educación, la motivación y el conocimiento de los hijos"⁹.

5) Emancipación de los hijos y periodos posteriores.

Parece que toda familia ingresa en un periodo de crisis cuando los niños comienzan a irse; y son varias las consecuencias. A veces, la turbulencia entre los padres sobreviene cuando el hijo mayor deja el hogar, mientras que en otras familias la perturbación parece empeorar progresivamente a medida que se van yendo los hijos; y en otras, cuando está por marcharse el menor. En muchos casos, los padres han visto, sin dificultad, cómo sus hijos dejaban el hogar uno por uno; súbitamente, cuando un hijo particular alcanza esa edad, surgen las dificultades. En tales casos, el hijo en cuestión ha tenido, por lo general, una especial importancia en el matrimonio. Puede haber sido el hijo a través del cual los padres hicieron pasar la mayor parte de su comunicación mutua, o por el cual se sintieron más abrumados, o se unieron en común cuidado y preocupación.

Una dificultad marital que puede emerger en esta época es que los padres se encuentren sin nada que decirse ni compartir. Durante años no han conversado de nada, excepto de los niños. A veces, la

pareja empieza a disputar entorno de las mismas cuestiones por las que disputaban antes de que llegaran los hijos. Puesto que estas cuestiones no se resolvieron, sino simplemente se dejaron de lado con la llegada de los niños, ahora resurgen.

Cuando el joven abandona el hogar y comienza a establecer una familia propia, sus padres deben transitar ese cambio fundamental de la vida al que se llama "convertirse en abuelos". A veces tienen poca o ninguna preparación para dar este paso, si los hijos no han pasado por los rituales matrimoniales adecuados. Deben aprender cómo llegar a ser buenos abuelos, elaborar reglas a fin de participar en la vida de sus hijos y arreglárselas para funcionar solos en su propio hogar. A menudo, en este periodo tienen que enfrentar la pérdida de sus propios padres y el dolor consiguiente.

Con frecuencia las madres se sobre involucran con el hijo menor y les es difícil desengancharse de él cuando pasa a tener una vida más independiente. Si en ese momento un hijo mayor produce un nieto, la llegada de éste puede liberar a la madre de su hijo menor e involucrarla en la nueva etapa de convertirse en abuela. Si se piensa que el proceso natural es así, se comprende la importancia de conservar la relación mutua de las generaciones. Cuando la gente joven se aísla de sus padres, priva a su hijo de abuelos; también se hace más difícil para estos cubrir etapas de sus propias vidas.

6) La familia en las últimas etapas de la vida.

Cuando una pareja logra liberar a sus hijos de manera que estén menos involucrados con ella, suelen llegar a un periodo de relativa armonía que puede subsistir durante la jubilación del marido. Algunas veces, sin embargo, el retiro de éste de la vida activa puede complicar su problema, pues se hallan frente a frente veinticuatro horas al día. No es raro que en esta época una esposa desarrolle algún síntoma incapacitante; se debe buscar entonces facilitar a la pareja el acceso a una relación más afectuosa, en lugar de tratar el problema como si sólo involucrara a la esposa.

La función utilitaria de los problemas es igualmente importante en los años de la jubilación, cuando dos personas sólo se tienen la una a la otra.

A ésta altura de la vida, los esposos saben que la vida y el amor son un largo cortejo de salud y de enfermedad, de gustos y de renunciaciones, de roces y de acuerdos, de éxitos y de fracasos, de esperanzas y de inquietudes, de felicidad y de sufrimientos. Pero haber trabajado y sufrido juntos, haber caminado largo tiempo emparejados por la ruta de los años, haber adquirido con los años una filosofía más sana de la vida, todo esto da a su amor de hoy una serenidad, una sencillez, una profundidad que es el fruto de la sabiduría. No se hallan desengañados de su amor: a lo largo de los días, él fue en el fondo, y a pesar de todo, su mejor riqueza¹⁰.

En esta etapa es muy importante que la pareja de ancianos ayude a sus hijos en la compleja y extraordinaria aventura de aprender a ser padres. Es el momento de sentarse el padre con los hijos y, más que dar una clase magistral, compartir sus propias experiencias de cómo él pudo ir sorteando los avatares de la vida para educar a esos que hoy se sienten desafiados por esas “personitas” pequeñas y encantadoras, pero que “sacan de sus casillas” al más ecuánime.

Conclusiones

La cultura actual se encuentra en un momento de crisis y cambio del paradigma de la figura paterna. Sin embargo, es absurdo pretender disminuir y, más aún, negar que ésta desempeña un papel muy importante en todas las etapas del ciclo vital familiar. Sería muy recomendable revisar los libros de texto escolares vigentes, para descubrir qué enfoque presentan de la figura paterna, así como mantener un permanente observatorio sobre los medios de comunicación social, para evaluar la presentación que estos hacen de la figura paterna, sobre todo en los programas infantiles y juveniles y las telenovelas, de gran audiencia e impacto. En un próximo artículo se continuará profundizando en este importante tema.

Biografía:

¹ El Papá en Espera. R. Fórrelo y H. Zanetti, Pag. 22. Ediciones San Pablo. Caracas. 1993

² El Papá en Espera. R. Fórrelo y H. Zanetti, Pag. 24 – 32. Ediciones San Pablo. Caracas. 1993

³ Perfil estadístico de la mujer cubana en el umbral del siglo XXI. Febreo de 1999. Oficina Nacional de Estadísticas. La Habana. Cuba.

⁴ Problemáticas Familiares Actuales y Terapia Familiar. Capítulo II EL CICLO EVOLUTIVO FAMILIAR: CRISIS EVOLUTIVAS. Beyebach y Rodríguez-Morejón. Folleto 1 del Diplomado de Consejería Familiar. Pag 13.

⁵ «La Relación Enfermera-Paciente». Luis Cibanal y M^a Carmen Arce Tomado del sitio web:

[http:// www.perso.wanadoo.es/aniorte_nic/](http://www.perso.wanadoo.es/aniorte_nic/)

progr_asignat_terap_famil.htm, de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Alicante.

⁶ Diez breves reflexiones sobre la relación entre la paternidad divina y humana. David Blankenhorn. Tomado del sitio web: **<http://www.alafa.org/fetvita1999/blank.htm>** . Visitada el 30 de julio del 2003.

⁷ Manual de Orientación y Terapia Familiar. José Antonio Ríos González. Pag 54 Folleto 1 del Diplomado de Consejería Familiar

⁸ ¡Auxilio...! Hay un Adolescente en mi Casa. German Sánchez Griese y Benjamín Manzano Gómez. Recibido por correo electrónico.

⁹ Tomado de <http://www.geocities.com/Athens/Olympus/8168/temtrab48.htm>

¹⁰ Soledad en el Matrimonio. Rosa Martha Abascal de Arton en <http://www.yoinfluyo.com>

Para contactar al autor: rosyvcr@yoinfluyo.com

* Lic. en física